

Contra la política de despolitización*

Pierre Bourdieu

Todo lo que se describe con la palabra a la vez descriptiva y normativa de «mundialización» es el efecto no de una fatalidad económica, sino de una política consciente y deliberada, pero sí muchas veces inconsciente de sus consecuencias. Esta política, perfectamente paradójica en tanto que se nutre sin vergüenza del léxico de la libertad: liberalismo, liberalización, derregulación, tiene como fin dar el dominio a los determinismos económicos, *liberándolos* de todo control, y de obtener la sumisión de los gobiernos y de los ciudadanos a las fuerzas económicas y sociales «liberadas». Es esta política, elaborada en las reuniones de los grandes organismos internacionales como la OC (Organización Mundial del Comercio) o la Comisión Europea, o en el seno de todas las «redes» de empresas multinacionales, que se ha impuesto, por las vías más diversas —jurídicas en particular— a los gobiernos liberales y hasta socialdemócratas de un conjunto de países económicamente avanzados, conduciéndolos a perder poco a poco el poder para controlar las fuerzas económicas.

Contra esta política de despolitización, se trata de *restaurar lo político*, o sea el pensamiento y la acción política, y de encontrar para esta acción el punto justo de aplicación que se sitúa de ahora en adelante más allá de las fronteras del Estado nacional, y sus medios específicos que ya no pueden reducirse a las luchas políticas y sindicales en el seno de los estados nacionales. La tarea, no nos engañemos, es extremadamente difícil por razones múltiples: primero porque las instancias políti-



cas que se trata de combatir están muy lejos —y no sólo por razones geográficas— y no se parecen en casi nada ni en sus métodos, ni en sus agentes, a las instituciones a las cuales se combatía en tiempos con las luchas tradicionales. Luego, porque el poder de los agentes y de los mecanismos que dominan hoy el mundo económico y social se funde en una concentración extraordinaria de toda especie de capital —económico, político, militar, cultural, científico, tecnológico— fundamento de una dominación simbólica sin precedentes, y que se ejerce en particular a través de las empresas mediáticas, ellas también manipuladas, sin saberlo muchas veces, por las grandes agencias internacionales de comunicación, y por la lógica de la concurrencia que las opone unas a otras.

Queda que algunos de los objetivos de una acción política eficaz se sitúan a nivel europeo —por lo menos en la medida en que las empresas y organizaciones europeas constituyen un elemento que determina las fuerzas dominantes a escala mundial. De ahí que la construcción de un movimiento social europeo unificado, capaz de reunir los diferentes movimientos, que en la actualidad están dispersados y divididos, se impone como un objetivo razonable para todos los que quieren resistir con eficacia a las fuerzas dominantes.

UNA COORDINACIÓN ABIERTA

Los movimientos sociales, por diversos que sean en sus orígenes, sus objetivos y proyectos, tienen todos una *serie de rasgos en común* que les da un aire familiar. En primer lugar, y sobre todo porque nacen muy a menudo del rechazo de las formas tradicionales de movilización política, y en particular de las que perpetúan la tradición de los partidos de tipo soviético. Estos movimientos son propensos a excluir toda clase de monopolización por minorías y a favorecer la participación directa de todos los interesados (y esto en parte por la aparición de «leaders» de un nuevo tipo, dotados de una cultura política muy por encima de la de los responsables tradicionales, y capaces de comprender y expresar un nuevo tipo de exigencias sociales). Cercanos en esto a la tradición libertaria, están vinculados a formas de organización inspiradas en la autogestión caracterizada por la agilidad del aparato, lo que permite a los agentes la reapropiación de su papel de sujetos activos —en particular contra los partidos los cuales impugnan el monopolio de la intervención política.

Segundo rasgo común, inventan o reinventan formas de acción originales tanto en sus fines que en sus medios, con un fuerte contenido simbólico. Se dirigen contra objetivos determinados, concretos e importantes por la vida social: alojamiento, empleo, salud, sin papeles, etc., a los cuales procuran dar soluciones directas y prácticas; y hacen lo necesario para que su rechazo y sus propuestas se concreten en acciones ejemplares, ligadas directamente al problema en cuestión y que piden una fuerte implicación personal de los militantes y de los responsables que, en su mayoría, han aprendido el arte de crear el suceso, de dramatizar una puesta propicia a focalizar el ojo mediático, luego político, por tener un buen conocimiento del funcionamiento del mundo mediático. Lo cual no significa que estos movimientos sean meros artefactos, creados de la nada por una pequeña minoría apoyada por los medias. De hecho, la utilización realista de los medias se ha combinado con un trabajo militante emprendido desde hace muchos años al margen de los movimientos «tradicionales» —partidos y sindicatos— y a veces en colaboración y el apoyo de una fracción —ella misma marginal y minoritaria— de estos movimientos. Este trabajo ha encontrado, en varias coyunturas, la ocasión de hacerse más

visible, lo cual ha ensanchado, por lo menos puntualmente, la base social. Y el hecho más destacable es que estos nuevos movimientos han tenido enseguida una trascendencia internacional, por su ejemplaridad por un lado, porque hubo en el mismo tiempo intervenciones simultáneas más allá de las fronteras, como en el caso de las luchas por el alojamiento, por otro lado. (Queda el hecho que la especificidad de las nuevas formas de lucha es debida a que se nutren de la publicidad que les dan los medias, aunque a regañadientes, y que número de manifestantes cuenta ya menos que el eco mediático y político suscitado por una manifestación o una acción sea cual sea, aunque fuera un texto en un periódico. Pero la visibilidad mediática es, por definición, parcial y muchas veces partidaria, y sobre todo efímera. Los portavoces son entrevistados, se pasan unos reportajes patéticos, pero las reivindicaciones de los movimientos rara vez están tomadas en serio en los debates públicos, en particular por el hecho de los límites de comprensión y de la transmisión mediática. Es porque es indispensable llevar duraderamente, e independientemente de las ocasiones mediáticas, un trabajo militante y un esfuerzo de elaboración teórica).

Tercera característica común: rechazan las políticas neoliberales destinadas a imponer las voluntades de los grandes inversores institucionales y de las multinacionales. Y la cuarta es que son internacionales e internacionalistas, a un grado u otro. (Esto se muestra en particular en el caso del movimiento de los parados o del movimiento animado por la Confederación de campesinos y José Bové, donde se encuentra a la vez el sentimiento y la voluntad de defender a los pequeños campesinos franceses, junto con el sentimiento y la voluntad de defender a los campesinos sin tierra de América Latina, etc. Todos estos movimientos son a la vez particularistas e internacionalistas; no defienden la Europa insular, aislada, sino a través de un cierto tipo de gestión social de la economía, que evidentemente se tiene que hacer en conjunción con otros países, como por ejemplo Corea, donde existe mucha gente que espera mucho de la solidaridad transcontinental). Última propiedad distintiva y común: exaltan la solidaridad, principio tácito de gran parte de sus luchas, y se esfuerzan para realizarla, tanto por su acción (con ocuparse de todos los «sin») que por las formas de organización que adoptan.

La constatación de tanta convergencia en los fines y medios de las luchas políticas impone buscar, si no la unificación (probablemente ni posible ni deseable) de todos los movimientos dispersos, que reclaman a menudo los militantes, sobre todo los jóvenes, y que constatan las convergencias y las redundancias, sí por lo menos *una coordinación de las reivindicaciones y de las acciones, excluyendo toda voluntad de apropiación*: esta coordinación debería expresarse en una *red* capaz de asociar individuos y grupos en condiciones tales que nadie pueda dominar o reducir a los demás, y que todos los recursos ligados a la diversidad de las experiencias, los puntos de vista y los programas sean conservados. Esta coordinación tendría como función principal sacar los movimientos sociales de sus acciones fragmentadas y dispersas, así como de los particularismos de las acciones locales, parciales y puntuales, para permitir sobre todo evitar las intermitencias o alternancias entre los momentos de movilización intensa y los momentos de existencia latente o adormilada, sin que por esto se caiga en la concentración burocrática.

En la actualidad hay muchas conexiones, muchas empresas comunes, pero que son extremadamente dispersas en el propio país, para no hablar de entre países. Por ejemplo, existen en cada país gran número de periódicos, semanales o revistas críticas —por no hablar de Internet— que publican gran número de análisis, de sugerencias, de propuestas para el porvenir de Europa y del mundo, pero todo este trabajo queda disperso y nadie puede leer todo esto; los que producen estos trabajos están muchas veces en concurrencia los unos con los otros, se critican unos a otros, cuando sus contribuciones en realidad son complementarias y podrían acumularse. Los dominantes viajan, tienen dinero, son políglotas, están ligados por afinidades culturales y de estilo de vida. En frente encontramos gentes dispersas, separadas por barreras lingüísticas o sociales. Agrupar toda esta gente es a la vez muy necesario y muy difícil. Se encuentran grandes obstáculos. De hecho, muchas fuerzas progresistas, estructuras de resistencia, para empezar los sindicatos, están ligadas al Estado nacional. Lo mismo para las estructuras institucionales y las estructuras mentales. La gente tiene costumbre de luchar a nivel nacional. Queda por investigar si las nuevas estructuras de movilización transnacionales son capaces de llevarse las estructuras tradicionales, que son nacionales. Lo

que es seguro, es que este movimiento social debe apoyarse en el Estado, pero cambiando el Estado, apoyarse en los sindicatos pero cambiando los sindicatos, lo que costará enormemente y sobre todo gran esfuerzo intelectual. Una de las funciones de los investigadores podría ser (idealmente) la de consejeros en organización del movimiento social, ayudando a los distintos grupos a superar sus diferencias.

Flexible y permanente, esta coordinación debería tener dos objetivos diferentes: por un lado organizar, por medio de encuentros *ad hoc* y circunstanciales, conjuntos de acciones a corto plazo y orientadas hacia un objetivo concreto; por otro lado someter a discusión problemas de interés general y trabajar en la elaboración de programas de investigación a más largo plazo, en reuniones periódicas de representantes de los grupos interesados. Se trataría de hecho de descubrir y elaborar, en la intersección de las preocupaciones de todos los grupos, los objetivos generales a partir de los cuales todos se identifiquen y colaboren, aportando sus competencias y sus métodos propios. De esta manera se puede esperar que, de la confrontación democrática de un conjunto de individuos y de grupos con presupuestos comunes, salga poco a poco un conjunto de respuestas coherentes y con sentido a cuestiones fundamentales a las cuales ni los sindicatos ni los partidos son capaces de aportar soluciones globales.

UN SINDICALISMO RENOVADO

No se puede concebir un movimiento social europeo sin la participación de un sindicalismo renovado, capaz de superponerse a los obstáculos externos e internos respecto a su reforzamiento y a su unificación a escala europea. No es paradójico pensar que la decadencia del sindicalismo es un efecto indirecto y diferido de su triunfo: muchas de las reivindicaciones que animaron las luchas sindicales han pasado a un estado de institución que, siendo ahora fundamentos de obligaciones o de derechos (los que se refieren a la protección social, por ejemplo), se han convertido en objeto de pugnas entre los sindicatos mismos. Transformadas en entidades paraestatales, muchas veces subvencionadas por el Estado, las burocracias sindicales participan en la redistribución

de la riqueza y son garantes del compromiso social evitando rupturas y enfrentamientos. Y los responsables sindicales, cuando ocurre que se les convierte en gestores alejados de las preocupaciones de sus mandantes, pueden ser llevados por la lógica de la concurrencia entre aparatos o en el interior de los aparatos, a defender sus propios intereses en vez de los que supuestamente defienden. Esto evidentemente ha contribuido, por una parte, al alejamiento de los asalariados de los sindicatos y a apartar los sindicatos de la participación activa en la organización.

Pero estas causas internas no son las únicas que explican por qué los sindicatos son cada vez menos numerosos y menos activos. La política neoliberal contribuye también a la debilitación de los sindicatos. La flexibilidad y sobre todo la precariedad de un número cada vez más importante de asalariados, así como la transformación de las condiciones y las normas del trabajo que son su consecuencia, contribuyen en dificultar toda acción unitaria e incluso el simple trabajo de información, mientras los vestigios de la asistencia social continúa protegiendo una fracción de los asalariados. Esto demuestra cuán difícil y a la vez indispensable es la renovación de la acción sindical, que supondría la rotación de los cargos y la puesta en cuestión del modelo de una delegación incondicional, a la vez que el invento de nuevas técnicas, indispensables para movilizar a los asalariados fragmentados y precarios.

La organización de un tipo totalmente nuevo, que se trataría de crear, debe ser capaz de superar la fragmentación por objetivos y por naciones, así como la división en movimientos y en sindicatos, escapándose a la vez a los riesgos de monopolización (o más precisamente a las tentaciones y tentativas de apropiación) que rondan el conjunto de los movimientos sociales, sindi-

calistas u otros, y al inmovilismo que crea a menudo el miedo casi neurótico de estos riesgos. La existencia de una red internacional estable y eficaz de sindicatos y de movimientos, dinamizados por su confrontación dentro de las instancias de concertación y de discusión como el de los *Estados generales del movimiento social europeo* (*Etats généraux du mouvement social européen*) debería permitir desarrollar una acción de reivindicación internacional que no tendría nada que ver con la de los organismos oficiales, en los cuales son representados ciertos sindicatos (como la Confederación europea de sindicatos), y que integraría las acciones de todos los movimientos constantemente enfrentados a situaciones específicas, por tanto limitadas.

ASOCIAR INVESTIGADORES Y MILITANTES

Únicamente un movimiento social europeo fuerte por toda la fuerza acumulada de las distintas organizaciones de diferentes países y de los instrumentos de información y de crítica elaborados en común, en lugares específicos de información y de discusión como los Estados generales, será capaz de resistir a las fuerzas, a la vez económicas que intelectuales, de las grandes empresas internacionales y de su armada de asesores, expertos y juristas reunidos en sus agencias de comunicación, sus mesas redondas y sus consejeros en *lobbying*. Capaz también de sustituir los fines cínicamente impuestos por instancias orientadas solamente por el beneficio máximo a corto plazo por los objetivos económica y políticamente democráticos de un Estado social europeo, dotado de los instrumentos políticos, jurídicos y financieros necesarios para yugular la fuerza bruta y brutal de los intereses estrechamente económicos.

